

Geografías del conocimiento: transformación de los protocolos de investigación en las arqueologías latinoamericanas

Carlo Emilio PIAZZINI SUÁREZ
Instituto Colombiano de Antropología e Historia
ce.piazzini397@uniandes.edu.co

Recibido: 25-02-10

Aceptado: 15-08-10

RESUMEN

Este artículo se dirige a explorar las geografías del conocimiento como una alternativa crítica de la historia y los estudios sociales de la ciencia, que permite hacer visibles las espacialidades que intervienen o emergen durante el proceso de producción, distribución y apropiación del conocimiento. Las geografías del conocimiento constituyen un ámbito de análisis fecundo para abordar la arqueología como una práctica que contribuye a la transformación o reproducción de determinadas concepciones y experiencias espaciales entre el público general. El análisis de dos lógicas de relacionamiento espacial en arqueología, denominadas *in situ* y *ex situ*, permite ver cómo operan las geografías del conocimiento en este campo disciplinar, así como identificar la naturaleza de las tensiones que hoy aparecen entre des-localización y localización de las materialidades arqueológicas. Finalmente, dichas tensiones son soslayadas para el contexto latinoamericano, en donde se encuentra en marcha un proceso de transformación de las relaciones *in situ/ex situ* y con ello, surgen nuevas geografías de la arqueología.

Palabras clave: geografías del conocimiento; geografía de la ciencia; arqueología; trabajo de campo; América Latina

Geographies of knowledge: transformation of research protocols in Latin American archaeologies

ABSTRACT

This article aims at exploring knowledge geographies as a critical alternative to the history and social studies of science, which allows making visible the spatialities that intervene or emerge during the process of production, distribution and appropriation of knowledge. Knowledge geographies constitute a fertile field of analysis from which to approach archaeology as a practice which contributes to the transformation and reproduction of certain conceptions and spatial experiences among the general public. The analysis of two logics of spatial relation in archaeology, the so-called *in situ* and *ex situ*, allows us to see how knowledge geographies operate in this disciplinary field. Additionally, it helps identify the nature of the tensions which emerge today between the de-location and location of archaeological materialities. Finally, these tensions are eluded in the Latin-American context, where a process of transformation in the *in situ/ex situ* relations is at work, and with it, new geographies of archaeology come into view.

Key words: knowledge geographies; science geographies; archaeology; field work; Latina America.

Geografías do conhecimento: transformação dos protocolos de pesquisa nas arqueologias latino-americanas

RESUMO

Este artigo busca explorar as geografias do conhecimento como uma alternativa crítica da história e dos estudos sociais da ciência, que permite visibilizar as espacialidades que intervêm durante o processo de produção, distribuição e apropriação do conhecimento. As geografias do conhecimento constituem um âmbito de análise fecundo para abordar a arqueologia com uma prática que contribui à transformação ou reprodução de determinadas concepções e experiências espaciais entre o público geral. A análise de duas lógicas de relacionamento espacial em arqueologia, denominadas *in situ* e *ex situ*, possibilita ver como operam as geografias do conhecimento neste campo disciplinar, assim como identificar a natureza das tensões existentes na atualidade entre des-localização e localização das materialidades arqueológicas. Finalmente, ditas tensões são analisadas no contexto latino-americano, onde se encontra em andamento um processo de transformação das relações *in situ/ex situ* no qual emergem novas geografias da arqueologia.

Palavras chave: geografias do conhecimento; geografia da ciência; arqueologia; trabalho de campo; América Latina

REFERENCIA NORMALIZADA

Piazzini Suárez, Carlo Emilio (2010) “Geografías del conocimiento: transformación de los protocolos de investigación en las arqueologías latinoamericanas”. *Geopolítica(s): revista de estudios sobre espacio y poder*, vol. 1, núm. 1, 115-136.

SUMARIO: Introducción. 1. Geografías del conocimiento. 1.1. Localizaciones. 1.2. Redes. 1.3. Territorialidades. 1.4. Geopolíticas. 2. Geografías de la arqueología. 2.1. *In situ*. 2.2. *Ex situ*. 3. Tensiones y transformaciones en las geografías de la arqueología latinoamericana. Final. Bibliografía.

Introducción

Pese a las múltiples elaboraciones críticas que han hecho de la arqueología contemporánea un campo de conocimiento fecundo para pensar y actuar sobre situaciones del presente y el futuro, en el ámbito más amplio del pensamiento social ésta sigue siendo vista bajo el manto de la impertinencia y acaso del exotismo que representa el estudio de la cultura material de las sociedades pre-históricas. Desde la perspectiva en que se produce este artículo, tal impertinencia y exotismo son subvertidos a favor de una visión de la arqueología como un haz de prácticas de conocimiento que encuentran su singularidad y potencia interpretativa en el estudio de aquellas “exterioridades” que las demás ciencias sociales y la historia han considerado mayoritariamente como aspectos secundarios a la hora de explicar la vida social: las materialidades y las espacialidades. El relieve de esa particularidad puede ser advertido a propósito de la manera en que la arqueología, en su tratamiento de artefactos y huellas del pasado, produce discursos sumamente poderosos a la hora de conformar, sustentar o reproducir determinadas percepciones y concepciones espacio-temporales en el presente. Es

precisamente por ello que se puede considerar a la arqueología como un campo fecundo y privilegiado para los estudios sociales de la ciencia y en particular para el desarrollo de una nueva perspectiva que he venido denominando geografías del conocimiento (Piazzini, 2009).

Este artículo debe ser tomado como una aproximación a la eficacia analítica que puede llegar a ofrecer una perspectiva en construcción de las geografías del conocimiento y como una prueba o experimento preliminar a propósito de su aplicación a la arqueología. En primera instancia avanzo en una exposición de lo que se entiende por geografías del conocimiento, cuales las problemáticas que le son inherentes, así como las categorías de valor analítico que ofrece. En segundo lugar quiero hacer visible cómo operan las geografías del conocimiento en los protocolos de investigación y en las prácticas de divulgación del discurso arqueológico. Para ese propósito presento un análisis de lo que aquí denomino las lógicas *in situ* y *ex situ* en arqueología, entendidas como lógicas de relacionamiento espacial entre las evidencias arqueológicas, el arqueólogo y la producción y circulación del conocimiento. Finalmente, planteo algunos problemas que quedan servidos a la hora de examinar críticamente las espacialidades de la arqueología en el ámbito latinoamericano.

1. Geografías del conocimiento

Reconocer el carácter histórico de los conocimientos y las ciencias no ofrece hoy mayor novedad. Sabemos, abierta o íntimamente, que la forma en que pretendemos conocer y explicar el mundo no ha sido siempre la misma, ya sea porque está sujeta a discontinuidades, transformaciones graduales o porque avanza conforme a un proceso acumulativo y de perfeccionamiento. Podemos diferir sobre la forma en que en realidad opera esa historia, pero difícilmente podríamos concebir el conocimiento como algo de carácter ahistórico. Ahora bien, si decimos que hay una espacialidad de las ciencias, del conocimiento, estamos planteando que los saberes, sus prácticas y relaciones con las diversas esferas de lo social están en algún grado determinados por localizaciones, territorialidades, movimientos, esquemas geopolíticos, en fin, por toda una serie de formaciones espaciales, lo cual encontrará resistencia en el campo de la epistemología y la filosofía de las ciencias, en donde prevalecen postulados sobre el carácter fundamental de universalidad, generalidad, neutralidad e incluso de intangibilidad del pensamiento y las ideas científicas. Pero aún en el ámbito de la sociología y la historia de las ciencias, de donde proceden, es preciso reconocerlo, algunas de las más fuertes críticas a dichos postulados, así como algunos de los planteamientos que apoyan la existencia de dinámicas espaciales en el conocimiento, se puede percibir a menudo una ontología débil de lo espacial y un tratamiento fijo o limitado de las categorías espaciales. No es para menos: el pensamiento de la modernidad se ha caracterizado por el primado del tiempo sobre el espacio, de la historia sobre la geografía, mientras que las formaciones espaciales son tratadas fundamentalmente como escenarios pasivos, referidos a extensiones cartesianas o territorios étnicos o nacionales (Fabian, 1983; Soja, 1989).

Advirtiendo plenamente estas dificultades, parto en este texto de la existencia de unas geografías del conocimiento, esto es, de unas relaciones entre espacio y saber que no sólo se ponen en marcha cuando los científicos y estudiosos dan cuenta de una u otra forma de espacialidad histórica o contemporánea, sino que funcionan de forma permanente en la medida en que el conocimiento se produce, apropia y circula en relación con algunas de esas espacialidades en el presente. No sólo se trata entonces de enfatizar en el conocimiento *de* lo espacial en el mundo, sino de reconocer que el espacio afecta la manera en que conocemos *en* el mundo. Por lo tanto, argumento que el estudio *del* espacio, como cualquier otra práctica del saber, se hace *desde y en* relación con determinadas geografías del conocimiento.

Durante la segunda mitad del siglo XX, los debates acerca de la incidencia de factores “externos” en el proceso de producción de conocimiento fueron cada vez más frecuentes. El postulado básico de la epistemología tradicional, acerca de un sujeto neutral que conoce el mundo de manera objetiva, se vio gradualmente erosionado en la medida en que se reconoció la participación de factores históricos, sociológicos, políticos, lingüísticos y culturales en los procesos de conocimiento. Producto de un debate que en primera instancia ha oscilado entre posturas que destacan la importancia de una perspectiva externalista o internalista para explicar la historia y la sociología de las ciencias (*cf.* Kuhn, 1974) y llegando luego a enunciados que abogan por una perspectiva simétrica de la cuestión (*cf.* Bloor, 1991; Latour, 1993), lo cierto es que después de estas consideraciones sobre la dimensión política, social y discursiva del conocimiento, la manera en que se concibe hoy la historia de las ciencias y del conocimiento en general, difícilmente puede conformarse con la imagen de un proceso lineal, teleológico y acumulativo de perfectibilidad en el tiempo, guiado fundamentalmente por la lógica de la razón científica.

Pese a ello, el reconocimiento de la importancia y repercusión de los factores espaciales en los procesos de conocimiento ha tenido que esperar todavía bastante tiempo. En general, podemos decir que los planteamientos básicos que permiten hablar hoy de geografías del conocimiento, proceden de cinco ámbitos discursivos, no necesariamente conectados entre sí: en primer lugar están los análisis pioneros sobre la distribución regional y mundial del trabajo intelectual, efectuados por Basalla (1967), Hägestrand (1967), Pletsch (1981) y Wallerstein (1998), que en ciertos casos han permitido elaborar críticas acerca de la inequidad en términos de acceso, dependencia y situación colonial de los saberes subalternos respecto de los centros metropolitanos (*cf.* Coronil, 1996; Maldonado, 2004; Mignolo, 2002), o que se han dirigido, en una perspectiva económica, al análisis de la competitividad de regiones y localidades en virtud de su capacidad de producción de conocimiento científico e innovación tecnológica (*cf.* Döring y Schnellenbach, 2006). En segundo lugar está el creciente interés de los estudios de la ciencia por los sitios o localizaciones en donde se produce conocimiento y la manera en que opera la movilización y consumo del mismo entre diferentes lugares geográficos, como es claro en los trabajos de Shapin (1998) y Latour (2001). En tercer lugar se encuentran los planteamientos en perspectiva etnográfica o de género sobre la necesidad de reconocer el carácter local, situado e incorporado del conocimiento, como en los trabajos de Geertz (1994), Haraway (1991)

y Harding (1991). En cuarto lugar tenemos las consideraciones, ciertamente diferentes, de lugar de la escritura en De Certeau (2000) y de Geofilosofía en Deleuze y Guattari (1993), de los cuales se desprendería que el conocimiento es en alguna medida una práctica espacial. Finalmente, están las derivaciones del pensamiento geográfico contemporáneo hacia el tratamiento explícito de las geografías del conocimiento y las ciencias, debidos primordialmente a los trabajos de Thrift (1985), Livingstone (2003) y Agnew (2007).

Con todo, en buena parte de los discursos de corte pedagógico y divulgativo sobre lo que es y ha sido el conocimiento científico, siguen haciendo carrera planteamientos sobre el carácter apriorístico de éste como algo universal y cosmopolita, y en consecuencia, como algo desvinculado de territorios, lugares, localizaciones, movilizaciones, redes y cuerpos específicos. La principal dificultad que encuentra la aceptación de la existencia de unas “geografías del conocimiento”, reside en la anulación del lugar de enunciación como condición para el desarrollo del conocimiento en Occidente. La retórica impersonal y diríamos a-espacial de los discursos filosóficos y científicos ha hecho lo posible por encubrir, minimizar o eliminar cualquier conexión relevante entre *lo que se conoce y se dice* y *desde donde se conoce y se dice*. Sobre el sustrato de la cosmología judeocristiana del conocimiento, que sitúa al sujeto que conoce en el *no-lugar* de Dios, el pensamiento del Renacimiento y la Ilustración quiso emular, cuando no reemplazar, esa mirada divina por un *yo* que piensa desde el no-lugar de la razón (Castro-Gómez, 2005). Tal como lo ha señalado Grosfoguel (2007: 64), se trata de un proceso de secularización desde la *teopolítica* cristiana hacia la *egopolítica* de la filosofía moderna.

La egopolítica supone que el conocimiento se encuentra abstraído de cualquier determinación espaciotemporal, en tanto el sujeto epistémico, el *yo* que conoce, no tiene cuerpo ni territorio ni historia, mientras que la verdad es eterna, intemporal y a-espacial. Pero durante el siglo XIX, con la edificación de una filosofía de la historia de corte teleológico, se efectuó un ajuste sumamente importante: las categorías de pensamiento fueron historizadas, como ocurre claramente en las teorías de Hegel y Marx. No obstante, al mismo tiempo la relevancia que pudieran tener los lugares desde los cuales se dice y se conoce fue opacado por una epistemología de la objetividad empírica y la neutralidad axiológica, misma que estructuró la cartografía de los saberes científicos de la modernidad (Grosfoguel, 2007: 65). Con la constitución de una mirada científica que observa sin ser observada, que habla “desde ninguna parte” (Shapin, 1998) que se localiza en el *punto cero* de la objetividad (Castro-Gómez, 2005), se exige que las teorías, las leyes, los modelos, las hipótesis, las conclusiones, en fin, todas aquellas elaboraciones que se consideran de alto nivel científico e intelectual, sean de alcance global. Sólo en el plano de lo sustantivo, de los datos suministrados por los llamados “estudios de caso”, se llega a admitir el valor de la diferencia local, pero en virtud de que su contrastación sirva a formulaciones de alcance general. Por lo demás, el que se perciban los rasgos locales del conocimiento es equivalente a la existencia de un sesgo, un error, un tono parroquial o provincial que el “verdadero” conocimiento científico o filosófico debe erradicar (Shapin, 1998; Livingstone, 2003: 2)

Frente a una perspectiva egopolítica, cronocentrada y espacialmente neutra del conocimiento, en este texto adopto una aproximación a las geografías del conocimiento, entendidas ampliamente como aquellas dinámicas espaciales de localización, distribución, movilización, diferenciación, separación y jerarquización de los saberes que contribuyen a explicar la emergencia, apropiación y reproducción del conocimiento (Agnew, 2007; Thrift, 1985). En esta perspectiva, aquello que ha sido denominado como una “geografía del pensamiento científico” (Livingstone, 2003) ocupa un lugar sumamente importante lo cual, sin embargo, no debe conllevar a ocultar o descuidar otras formas de conocimiento que serían en principio no científicas, así como a explicar las articulaciones y tensiones entre ciencia y no ciencia.

Pero ¿cómo operan estas geografías del conocimiento? ¿De qué forma y hasta qué punto comprometen las espacialidades el postulado de universalidad de las ciencias? O mejor aún: ¿Cómo explicar, precisamente desde una perspectiva espacial, la emergencia y desarrollo de postulados acerca de la universalidad del pensamiento científico? Existen varias líneas de indagación que ofrecen tanto evidencias como nuevas preguntas al respecto, las cuales con estricto interés enunciativo podemos agrupar en la siguiente tipología de espacialidades o geografías del conocimiento: localizaciones, redes, territorialidades y geopolíticas¹.

1.1. Localizaciones

En una perspectiva que siguiendo a Livingstone (2003: 12) llamaríamos una “microgeografía” de las ciencias, se encuentran en primer lugar los sitios (que no en estricto sentido lugares)² en donde acontecen las prácticas científicas. Desde los campamentos *in situ*, pasando por los laboratorios, hospitales, cementerios y colecciones, hasta llegar a las aulas, museos, jardines botánicos, bibliotecas y archivos, el conocimiento científico requiere siempre de la adecuación, cuando no de la edificación de determinadas localizaciones, cuyas características de ubicación, acceso, ambiente (ópticas, acústicas y olfatorias) y dotación, resultan fundamentales para garantizar la aplicación de los protocolos de producción, movilización, distribución y consumo de conocimiento. Pero el papel que juegan estos espacios no debe ser entendido de manera aislada o únicamente como una condición de tipo logístico. Por una parte los sitios en donde tienen lugar las prácticas científicas se encuentran habitados por humanos y no

¹ Me apoyo parcialmente en la tipología propuesta recientemente por Agnew (2006 y 2007) para una geografía del conocimiento sobre la política mundial, así como en el enfoque de aproximación por escalas a la geografía del conocimiento científico que ha planteado Livingstone (2003).

² Livingstone emplea indistintamente los términos sitio (*site*) y lugar (*place*), sin embargo, se refiere en esta escala microgeográfica a las localizaciones, emplazamientos o arquitecturas en donde se desarrollan las prácticas espaciales. El término “lugares de la ciencia” hace parte de lo que en este artículo denominamos territorialidades, lo cual coincide, en términos generales con la escala regional propuesta por el autor (Cf. Livingstone 2003: 87).

humanos (científicos, instrumentos y objetos de estudio) que en su interacción y localización específicas constituyen nodos ineludibles dentro de la más amplia red de producción, estandarización y movilización de los conocimientos (Latour, 2001: 122). En cierto sentido, la materialidad de las ciencias, entendida como el ensamblaje híbrido de objetos, instrumentos y cuerpos, necesario a la producción del conocimiento, puede ser considerada como parte constituyente de esta microgeografía de las ciencias.

Una de las implicaciones más claras acerca de la importancia de estos espacios de la ciencia en la producción de conocimiento, estriba en el papel que juegan las localizaciones y sus ensamblajes materiales en la certificación de validez del conocimiento producido. El haber recolectado información en campo y el haberla procesado en laboratorio con los instrumentos adecuados, puede hacer la diferencia entre ciencia y no ciencia en ciertas disciplinas y contextos de producción de conocimiento. Por otra parte, estas localizaciones sirven al disciplinamiento de los sujetos que “hacen ciencia” y conllevan una importante carga simbólica que define imaginarios propios y ajenos acerca de lo que es ser o no ser científico. El trabajo de campo, los experimentos en el laboratorio, las tareas de archivo y las clasificaciones de museo, constituyen prácticas en espacios concretos que refuerzan la imagen que de sí mismos tienen los científicos en determinadas disciplinas y se proyectan a lo que el público considera como propio de la ciencia.

1.2. Redes

Las localizaciones de la ciencia, al igual que las demás geografías del conocimiento, deben ser comprendidas en una perspectiva simétrica, es decir, que no sólo aplican para tratar de comprender las limitaciones o errores de un determinado sistema de pensamiento, sino que contribuyen también a comprender porqué determinada ciencia o teoría ha sido exitosa (Livingstone, 2003: 3). En efecto, en lugar de afianzar la tesis según la cual los rasgos locales que se reconocen en el discurso científico corresponden a errores o perspectivas limitadas y provincianas, el postulado mismo de universalidad de la ciencia ha sido posible sólo en la medida en que ha operado mediante un sistema que pone en contacto diversas localizaciones. De acuerdo con Latour (2001: 38 y ss.), la capacidad de movilización de conocimiento de un lugar a otro, mediante la incorporación de modos de estandarización, es precisamente lo que ha permitido a ciertas ciencias su efectividad para constituirse en poderosos sistemas de explicación del mundo. La universalidad de las ciencias no es pues un *a priori* connatural y afortunado del pensamiento moderno. Tampoco es el producto de la simple “difusión” de ideas desde un lugar central hacia las periferias. Se trata más bien de la articulación entre una aspiración cosmopolita investida de una “mirada desde ninguna parte” y el establecimiento de una compleja red de circulación y movilización de conocimiento entre las diferentes localizaciones en donde ocurren las prácticas científicas.

En esta movilización juegan un papel fundamental las *inscripciones* (mapas, tablas, gráficos, diarios de campo) que garantizan que las *referencias* (sistemas unificados de

notación y medida) circulen desde el mundo a las palabras y viceversa, desde el campo, el laboratorio o el archivo hacia los textos científicos y de éstos a los referentes iniciales (Latour, 2003: 38). Un encadenamiento adecuado y reversible de las inscripciones y estandarizado de las referencias, que no es otra cosa que la movilización del conocimiento, es condición de posibilidad para que las observaciones, muestreos y experimentos realizados en diferentes partes del mundo, sean commensurables entre sí.

1.3. Territorialidades

Con todo y que muchas de las prácticas científicas implican o proponen abiertamente condiciones de confinamiento, privacidad, restricción de acceso y manejo de lenguajes esotéricos, las localizaciones y redes de la ciencia no logran ser aspectos aislados del resto del mundo. Se insertan, muchas veces a pesar suyo, en territorialidades generadas por sentimientos de identidad, pertenencia a control político³. Los campamentos y expediciones en campo, los laboratorios y museos, las aulas y bibliotecas, así como las redes que conforman en sus necesarias conexiones, se yuxtaponen y complican con lugares, paisajes, regiones, fronteras y territorios a diversas escalas, los cuales propician o limitan el quehacer mismo de la ciencia. Es por ello que la ciencia, como otros saberes, produce conocimientos en estrecha relación con contextos culturales y geohistóricos específicos, planteamiento muy relacionado con la reivindicación de lo que se ha dado en llamar “conocimientos locales”, “conocimientos indígenas”, “conocimientos situados” o “in-corporados” en los discursos de la etnografía, la geografía de género y los estudios sociales de la ciencia (Geertz, 1994; Haraway, 1991). Estos planteamientos enfatizan en cómo la ciencia está culturalmente determinada, de tal forma que el conocimiento no se construye, apropia ni funciona de la misma manera en todas partes. Aún en los casos en que se registra la aplicación de cánones comunes de observación y registro de la información, el proceso de explicación o interpretación se encuentra sujeto a metáforas culturales específicas.

Este enfoque tiene como antecedente temprano uno de los más generalizados planteamientos acerca de la forma en que se espacializa la ciencia: la existencia de tradiciones científicas nacionales (*cf.* Shapin, 1998). No obstante, es necesario tener en cuenta que dicha forma de espacialización del conocimiento, lejos de ser una constante, es correlativa a una de las figuras principales mediante las que se ha ordenado la imaginación geopolítica de la modernidad: aquella de los Estados nacionales como formas “naturales” en que se reparten los poderes en el mundo (Agnew, 1998). En otras palabras, debe entenderse que la condición local del conocimiento no sólo se hace visible a propósito de los Estados nacionales, sino que alternativamente e incluso

³ En términos generales, la escala regional de la geografía del conocimiento científico propuesta por Livingstone (2003: 87), pertenece a lo que aquí denominamos territorialidades del conocimiento.

en disputa, existen otras territorialidades en el marco de las cuales puede ser explicada la emergencia, distribución y apropiación del conocimiento. De hecho, planteamientos más recientes sobre la importancia del conocimiento situado, localizan la cuestión de las relaciones entre conocimiento y poder en escalas espacialmente tan reducidas como el cuerpo mismo (cf. Haraway, 1991).

Otra línea de evidencia que pone de manifiesto la importancia de estas territorialidades, se refiere a la disponibilidad local de determinados conocimientos como factor de mayor o menor competitividad entre ciudades, regiones o países en la dinámica económica y tecnológica de la globalización (cf. Döring y Schnellenbach, 2006), lo cual indica que, aún en aquellos campos en los cuales ha hecho carrera la tesis de la muerte del espacio y las fronteras, la espacialidad del conocimiento constituye un factor determinante.

1.4. Geopolíticas

La imbricación entre localizaciones y redes, de una parte, y territorialidades del conocimiento, de otra, puede llegar a producir sistemas jerarquizados de poder, regidos por consideraciones morales y políticas acerca de cuáles son los lugares más o menos apropiados para producir conocimiento. Desde lo que Mignolo (2002: 71) ha denominado *pensamiento fronterizo*, como una epistemología de perspectiva subalterna, se hace visible la existencia de una geopolítica del conocimiento que concede mayor o menor importancia a determinados saberes, conforme éstos se localizan a ambos lados de la diferencia colonial, esto es, del lado del pensamiento hegemónico (Centro, Occidente o Norte geopolítico), o del lado de los pensamientos colonizados o subalternos del resto del mundo (Periferia, Oriente o Sur geopolítico). Esta perspectiva geopolítica del conocimiento se ha desarrollado con particular fuerza a partir de las denominadas críticas poscoloniales y decoloniales en Asia y América, como es claro en las obras de Said (1978) y Mignolo (2002), respectivamente. El énfasis es puesto aquí en la autoridad epistémica que se deriva de los lugares de enunciación desde los cuales se produce el conocimiento.

Una tal geopolítica del conocimiento comportaría otra faceta que contribuye a precisar la existencia de una *cartografía de las ciencias*, conforme a la cual los objetos de estudio de determinadas disciplinas se distribuyen diferencialmente en el planeta, dependiendo de la cercanía espacio-temporal que dichas regiones ofrecen respecto de la Historia occidental y la *Sociedad Moderna* de conformidad con lo que se considera digno de estudiar en cada una de sus regiones (cf. Pletsch, 1981; Wallerstein, 1998). Así, por ejemplo, mientras la antropología se ha dirigido predominantemente a estudiar la cultura de las poblaciones premodernas situadas en el llamado tercer mundo, la sociología y la historia se han desarrollado con particular fuerza mediante el estudio de las dinámicas sociales pasadas y presentes del “mundo desarrollado”.

Esta tipología de espacialidades sirve a los propósitos de hacer visible la importancia que tiene el reconocimiento y estudio de las geografías del conocimiento, con particular atención a los estudios de la ciencia. Sin embargo, lo propio aplica para

otras áreas del pensamiento social contemporáneo interesadas en conocimientos locales, geopolítica crítica y los cada vez más populares estudios sobre los factores espaciales del desarrollo económico y tecnológico.

En lo que resta de este texto quiero poner en marcha un análisis de la manera en que operan estas espacialidades del conocimiento en la arqueología, bajo el doble presupuesto de que en esta disciplina los espacios de la ciencia resultan fundamentales dentro del protocolo de investigación, mientras que, por otro lado, el conocimiento generado es particularmente poderoso para afianzar o transformar espacialidades en el presente.

2. Geografías de la arqueología

Quiero ahora mostrar cómo operan estas espacialidades del conocimiento a través de un breve análisis de la forma en que los protocolos de investigación de una disciplina científica han comenzado a ser transformados por las dinámicas socioespaciales en Latinoamérica. Me refiero a la arqueología, un campo de conocimiento que los historiadores británicos del siglo XIX llamaban, irónicamente “la ciencia de los analfabetas”, por su relación con la idea de prehistoria, aquella temporalidad remota que antecedió y estaba por fuera de la historia, entendida esta última como ser y modo de ser de la memoria occidental basada en sistemas alfabéticos de escritura. Es cierto: hoy se habla de arqueologías históricas, medievales, urbanas e incluso industriales y del capitalismo, con lo cual la frontera entre sociedades con y sin escritura ha sido disuelta para esta disciplina. Pero esta disolución no ha estado acompañada necesariamente de una transformación del protocolo clásico de producción de conocimiento que se estableció con la arqueología prehistórica del siglo XIX.

Una cierta reclusión en la producción de discursos exóticos sobre temporalidades remotas hace a menudo que desde la arqueología misma no se perciba la singularidad y potencia interpretativa que representa el haberse hecho cargo de aquellas “exterioridades” que las demás ciencias sociales y la historia han considerado mayoritariamente como aspectos secundarios a la hora de explicar la vida social: las materialidades y las espacialidades. No obstante, el relieve de esa particularidad puede ser advertido a propósito de la manera en que la arqueología, en su tratamiento de artefactos y huellas del pasado, produce discursos sumamente poderosos a la hora de conformar, sustentar o reproducir determinadas percepciones y concepciones espaciotemporales en el presente.

Desde luego que la arqueología, como campo de conocimiento científico, participa de todas las espacialidades antes descritas. Así por ejemplo, la historia del pensamiento arqueológico, lejos de ser una sucesión cronológica de paradigmas que se reemplazan unos por otros, constituye un entramado de producciones y apropiaciones teórico-metodológicas localizadas y conectadas por redes de transferencia, traducción, interdiscursividad y re-interpretación que funcionan de conformidad con esquemas geopolíticos que privilegian unos lugares de enunciación frente a otros. Así mismo, la acogida o rechazo frente a determinados enfoques arqueológicos se explica en buena

medida por la existencia o inexistencia de conocimientos locales que definen las condiciones de posibilidad para apropiarse, siempre mediando una re-interpretación, los conocimientos producidos en otros contextos geográficos y culturales. No menos importante es la tensión entre el discurso arqueológico y los saberes indígenas o locales; con frecuencia, el pasado del que hablan los arqueólogos, así como el tratamiento que dan a las evidencias del mismo, entra en franca contradicción con la dinámica de las memorias locales y sus formas de valoración de los testimonios ancestrales.

El protocolo clásico de la producción de conocimiento arqueológico depende del establecimiento de una red de relaciones específicas entre determinadas localizaciones de la ciencia (el trabajo de campo, el laboratorio, el museo y los textos), regida por lógicas de relacionamiento espacial entre el arqueólogo y el objeto de estudio que aquí denomino *in situ* y *ex situ*. La primera no necesita mayor presentación. Salir a campo, estar allá, observar y recolectar directamente los vestigios arqueológicos en aquel afuera espacio-temporal, es para la mayoría de estudiosos y del público una condición fundamental del protocolo de investigación arqueológica. La segunda, corresponde a la producción de discursos sobre el pasado que prescinde de una relación co-presencial entre el arqueólogo y el contexto espacial de su objeto de estudio. Me refiero en general a las fases subsiguientes de investigación, como son los análisis de laboratorio, la elaboración de informes y publicaciones, así como la puesta en escena de los resultados de los estudios o clasificaciones en los museos y sitios web.

Cada lógica tiene su historicidad, que atraviesa el devenir de la arqueología desde su configuración en el siglo XIX hasta el presente, efectuándose tensiones y articulaciones entre ellas, dependiendo de circunstancias particulares. Mientras *in situ* se ofrece como un vínculo co-presencial y fundamental entre la arqueología y la espacialidad de los artefactos y huellas que ésta estudia, *ex situ* quisiera re-crear esas espacialidades en otra parte, prescindiendo incluso de las relaciones de co-presencia y reemplazándolas por complicadas redes de circulación de referencias.

2.1. *In situ*

La formación de la arqueología como campo de conocimiento ocurre en un complicado juego de tensiones entre las categorías de tiempo y espacio, espíritu y materia, propio del contexto de emergencia del pensamiento científico de la modernidad. La deconstrucción del concepto de prehistoria, tan relacionado con la arqueología desde el siglo XIX, permite establecer que el ámbito de referencia de la disciplina se fijó de manera negativa por contraste con una enunciación positiva del campo de conocimiento de la historia, con su énfasis en el tratamiento de la documentación escrita y el estudio del pasado reciente de aquellas sociedades consideradas “históricas” porque se les atribuía una organización política capaz de generar y mantener un sistema escriturario como soporte de la memoria. En efecto, “fuera de la historia” y “antes de la escritura” son los dos enunciados negativos que demarcaron la prehistoria como el ámbito de estudio por excelencia de la arqueología, enunciados que, revisitados

críticamente, se refieren en última instancia al espacio, el olvido y las materialidades como categorías subalternas y antagónicas del tiempo, el espíritu y la escritura alfabética centrales al pensamiento judeocristiano y de la modernidad⁴.

En medio de estas tensiones, y de la disputa entre un pensamiento objetivo —propio de las ciencias naturales— y un pensamiento especulativo —propio de la historia—, la arqueología se vinculó en primera instancia más cerca de los protocolos de investigación de las primeras. En este alineamiento, el trabajo de campo se fue configurando como un aspecto inherente al ejercicio de la arqueología, dando nacimiento a una lógica *in situ* de relacionamiento entre el sujeto y el objeto de conocimiento. Según esta lógica, es preciso que el estudioso se traslade al sitio mismo de hallazgo de las evidencias arqueológicas y que la observación de éstas comience por un registro riguroso de su posición y localización *en el sitio* en que se encontraron. Sin ello, se dice en todo manual de arqueología de campo, se pierde información que resulta definitiva a la hora de explicar o interpretar lo que dichos hallazgos significan para la reconstrucción de determinados eventos, prácticas o procesos históricos y socioculturales. Es como si la proximidad espacial entre el arqueólogo y su objeto de estudio pretendiera mitigar esa distancia radical y ese extrañamiento absoluto frente a una temporalidad remota y unas huellas silenciosas de las actividades humanas del pasado.

La incorporación del trabajo de campo a la arqueología fue un proceso gradual. Si bien es cierto que inicialmente fue apropiado en el contexto de planteamientos cercanos al evolucionismo biológico y social del siglo XIX, alcanzó su mayor importancia cuando la arqueología empezó a transitar por los caminos del difusionismo y luego de la historia cultural. Por contraste con lo que venía sucediendo bajo el enfoque evolucionista de la segunda mitad del siglo XIX, cuando el ordenamiento de los artefactos en estadios o etapas cronológicas primaba e inclusive prescindía de consideraciones sobre su proveniencia geográfica, durante la primera mitad del siglo XX se hizo cada vez más apremiante definir la localización espacial de las evidencias, como condición para trazar movimientos migratorios y confeccionar cartografías compuestas por áreas culturales (Lucas, 2000: 6). De alguna forma, el difusionismo y la historia cultural representan un movimiento de “regionalización de la prehistoria”, aun cuando es preciso decir también que el ordenamiento temporal y teleológico de las evidencias siguió siendo el principio fundamental de los análisis e interpretaciones.

Acorde con el predominio, entre las ciencias naturales y la geografía, de una concepción cartesiana y biofísica del espacio, la lógica *in situ* busca en lo fundamental ubicar bi-dimensional o tri-dimensionalmente las evidencias arqueológicas, establecer una topología geométrica de sus relaciones entre sí y, finalmente, trazar adyacencias o superposiciones con las características de la geografía física circundante, llámense

⁴ Para un análisis del concepto de prehistoria y la prevalencia de un sentido de temporalidad prehistórica, incluso en aquellas arqueologías que en virtud de la cronología con que tratan podrían denominarse “históricas”, está el trabajo de Lucas (2005). Para un análisis específico de la valoración del espacio y las materialidades en el contexto de génesis del concepto véase Piazzini (2006b; 2008a; 2008b).

éstas relieve, unidades geológicas, características de fertilidad de los suelos, clima o zonas de vida.

Pero más allá de su valor heurístico, la lógica *in situ*, por su estrecha relación con el trabajo de campo, constituye un ámbito de especial significación para el imaginario de y sobre los antropólogos y arqueólogos (cf. Fabian, 1983; Lucas, 2000; Moser, 2007; Tomášková, 2007). Entre los arqueólogos y el público general el trabajo de campo configura una imagen a la que se le presta poderosa atención: para los primeros, se trata de una suerte de iniciación y/o refrendación de la condición de ser arqueólogo (y aquí el género no es gratuito). Para el público, es difícilmente concebible el que un arqueólogo no se encuentre en el campo y que sólo permanezca entre los estantes de un museo o en un escritorio rodeado de libros. En la base de este imaginario ocupa un lugar importante el viejo cronotopo del viaje, remozado por el estilo de las expediciones científicas de los siglos XVIII y XIX. Yendo hasta los lugares remotos de donde venían las noticias y cosas exóticas que habían alimentado la imaginación europea del Renacimiento y las historias naturales y taxonomías de la Ilustración, a su retorno los viajeros se encontraban revestidos de una autoridad epistémica que daba a sus diarios, sus relatos, sus ilustraciones, una connotación de realidad que cancelaba lo que hasta entonces eran meras fabulaciones o especulaciones⁵.

La potencia del cronotopo del viaje hace visible que la lógica espacial *in situ* no se agota en la documentación geográficamente precisa de las evidencias arqueológicas. El protocolo clásico de investigación arqueológica implica salir de una localización central en la que se produce y se divulga el conocimiento —por excelencia la universidad, el centro de investigación o el museo— hacia una exterioridad llamada eufemísticamente “el campo”. Tal denominación no es casual, en la medida en que es heredera de uno de los más antiguos esquemas de la geopolítica del conocimiento: la diferencia entre el sujeto urbano (y masculino) que conoce y el espacio rural (y femenino) que debe ser conocido. Y justamente, en esta geopolítica prima la ciudad como locus de enunciación. Es por ello que la lógica *in situ* opera sólo durante los momentos iniciales del proceso de investigación, pues para culminar debidamente sus tareas, el arqueólogo necesita retirarse del campo, conjuntamente con las evidencias que recuperó, para “concentrarse” en los procedimientos de análisis y escritura, ya en la tranquilidad de laboratorios, museos y oficinas.

Se deja entrever aquí un proceso de *purificación* que hace casi literal el sentido dado al término por Latour (1993) en su análisis crítico sobre las relaciones entre ciencia y política. El trabajo de campo garantiza y controla el encuentro entre el arqueólogo y las evidencias, pero al mismo tiempo provoca una promiscuidad entre el sujeto y el objeto de estudio; una abyecta relación del científico con las exterioridades (tierra, objetos y sudor) y una dependencia de los factores climáticos, geográficos y

⁵ Lo que hoy entendemos como una autoridad epistémica derivada del trabajo de campo, posee un largo proceso de sedimentación en el pensamiento de Occidente, empezando por el valor otorgado al ojo del testigo que sabe porque ha visto (yo ví, yo estuve allí) como figura retórica que espacializa el saber y otorga un efecto de verdad en los relatos de viaje griegos (Hartog, 2003: 247 y ss.).

sociales que rigen en el campo, que en su conjunto requieren ser neutralizadas, suspendidas, lo cual se logra dando paso al trabajo de laboratorio. No es por casualidad que en este tránsito, y de conformidad con el protocolo de investigación arqueológica, las evidencias deban ser, primero que todo, limpiadas, purificadas de su relación “originaria” con la tierra.

De forma paralela, opera aquí un proceso de des-localización y re-localización. Salvo que se trate de ensamblajes materiales imposibles de trasportar, el protocolo de investigación señala la necesidad de trasladar, esto es, desvincular de sus lugares de emplazamiento, las evidencias arqueológicas para situarlas en una nueva localización: el laboratorio. De nuevo, la denominación no es gratuita: allí, en ese punto neutro, que se llama laboratorio porque quisiera ser un no-lugar, es decir un espacio en el que se puedan controlar factores ideales para que el científico produzca conocimiento sin ser interferido por el mundo, se opera, casi misteriosamente, una re-localización de los objetos. Las cartografías, los planos, los perfiles estratigráficos, los datos de GPS y las fotografías, quisieran preservar la localización “*in situ*” que con tantos esfuerzos se fue a buscar a campo, pero estos dispositivos de registro, estas inscripciones y referencias, no son ingenuos pues constituyen hasta cierto punto la prolongación de ciertos modos de mirar y concebir el espacio. Así es que, lo que era una acumulación silenciosa y errática de huellas y artefactos encima o bajo tierra, deviene en un sitio arqueológico, un área de actividad, un asentamiento, una región arqueológica, un territorio étnico, entre otras tantas categorías espaciales que emplean los arqueólogos. Luego, los objetos y registros gráficos, entre los que se cuentan idealmente mapas y planos, son desplegados en museos, libros y sitios de internet proyectando nuevas espacialidades entre los iniciados y el público en general.

Lo anterior indica que la lógica de relacionamiento espacial *in situ* va siendo reelaborada conforme se avanza en las redes de movilización del conocimiento, hasta ser absorbida y reemplazada por otra lógica que prescinde de la relación de copresencialidad entre el arqueólogo y sus hallazgos, así como de éstos con sus lugares de origen. Como sucede en la antropología, en donde la etnografía constituye apenas un estadio inicial y descriptivo, que sólo adquiere pleno sentido cuando se transita hacia una etnología que analiza y generaliza (cf. Levi-Strauss, 1976: 22), el trabajo de campo en arqueología, esa estrecha relación entre el estudioso y el espacio de localización de sus evidencias, pronto es reelaborada desde prácticas *ex situ*, que son consideradas como más refinadas en términos analíticos y de elaboración teórica.

2.2. *Ex situ*

Históricamente, la lógica *ex situ* es anterior a la práctica *in situ*, como quiera que coleccionistas y anticuarios no requerían saber el sitio preciso de proveniencia de sus curiosidades, mientras que muchos de los museólogos, etnólogos y prehistoriadores del siglo XIX e inicios del XX, elaboraban la mayoría de sus interpretaciones con base en colecciones que hoy llamaríamos descontextualizadas o sin información exacta acerca de sus sitios de proveniencia. Pese a la gradual incorporación del trabajo de campo en la arqueología durante finales del siglo XIX e inicios del XX, la

lógica *ex situ* siguió funcionando y sigue presente hasta nuestros días, no solo en el tratamiento dado a los objetos en muchos museos y colecciones, sino en las fases de investigación que suceden al trabajo de campo: los análisis en laboratorio y las actividades de interpretación y escritura.

Esta lógica nace con la práctica del coleccionismo por parte de los diletantes y anticuarios del Renacimiento italiano y la Ilustración europea, para quienes la información de los sitios específicos de proveniencia de las piezas arqueológicas que atesoraban en sus gabinetes no estaba disponible o no importaba. Las antigüedades se desplegaban promiscuamente entre las “curiosidades de la naturaleza”, siendo el criterio de existencia de un “afuera” salvaje y natural el principio fundamental para otorgar un cierto orden espacial a todas estos objetos. O se ordenaban los objetos en las colecciones, según una topología que simulaba los territorios de la antigüedad: Siria, Persia, Egipto, Grecia y Roma, desplegaban ahora fragmentos de sus imperios y civilizaciones en las colecciones y museos de varias ciudades europeas. Se abría con ello la construcción de una metáfora territorial en la forma en que eran dispuestos los objetos arqueológicos en las colecciones. Ello ocurría a la par que la emergencia de los nacionalismos y el despliegue de las campañas de expansión y colonización de Europa por el mundo, lo que no constituye una simple coincidencia. Llegando incluso a descuartizar grandes monumentos, lo que correspondía era trasladar las evidencias arqueológicas conjuntamente con los botines de guerra a los recintos de la nobleza europea y más tarde a los museos.

Era en virtud de su instalación en esos lugares, localizados *por fuera de los sitios de proveniencia*, que los objetos adquirían un valor estético e histórico. Operaba ya entonces una desterritorialización y reterritorialización de los objetos arqueológicos, de tal forma que lo que fueran apenas ruinas dispersas y semienterradas en paisajes espaciotemporalmente lejanos, se convertían en monumentos y testimonios de una antigüedad gloriosa que ahora servía a la escenografía de los espacios de poder de las elites europeas. Más tarde, y allí en donde la arqueología ha participado en los procesos de construcción de imaginarios sobre los Estados nacionales, la lógica *ex situ* produjo cartografías en las cuales se ordenaban los datos arqueológicos conforme a antiguas unidades étnicas o nacionales.

3. Tensiones y transformaciones en las geografías de la arqueología latinoamericana

A primera vista, para la arqueología las relaciones *in situ* - *ex situ* deben funcionar de forma complementaria: se debe salir al campo para llevar objetos y datos debidamente registrados a los laboratorios y museos. Pero si se analiza la cuestión más detenidamente, se ven tensiones que indican que en alguna medida la vieja oposición entre espacios urbanos y rurales, así como el proceso de purificación inherente al pensamiento moderno sobre la ciencia y la política sobreviven en las prácticas e imaginarios del discurso arqueológico contemporáneo.

Frente al estereotipo del arqueólogo como “hombre de campo”, está la imagen encubiertamente despectiva del trabajo de campo como un mal necesario. Es conocida la diferencia establecida en la academia británica entre arqueología y prehistoria, según la cual los arqueólogos son meros “excavadores”, personajes técnicos ligados con el mundo de las materialidades y la tierra, cuerpos sudorosos encargados de recuperar las evidencias *in situ* para que, mentes más intelectuales y alejadas del trabajo manual las clasifiquen e interpreten *ex situ*. Una suerte de atavismo hace que aún hoy persistan de alguna manera estas tensiones en ámbitos de la práctica contemporánea, como sucede con la denominada arqueología por contrato o de rescate. Aquí se ha desarrollado un contingente importante de “excavadores” a los que a menudo se les critica un ejercicio centrado en las descripciones y poco elaborado al nivel de las explicaciones e interpretaciones. Un reproche que suele estar acompañado de críticas hacia una relación demasiado directa entre el ejercicio de la arqueología y los capitales que financian las obras de infraestructura a las que se aplica. Acaso haya aquí algo de un nuevo reclamo de purificación que exige separar la ciencia de la abyección del dinero.

Pero en última instancia, estas tensiones son subsidiarias de una diferencia que en el discurso científico aparece de forma más explícita: aquella entre datos y teoría (*cf.* Lucas, 2000: 10). Así pues, los datos son locales, las teorías son generales, diferencia que, de conformidad con ciertas geopolíticas del conocimiento, puede operar en el sentido de separar y jerarquizar los ámbitos de desempeño profesional entre aquellos dedicados a “excavar” y aquellos dedicados a “explicar e interpretar”.

Las prácticas *ex situ*, hay que decirlo, se pretenden más generales, cosmopolitas, descorporeizadas y desmaterializadas que las prácticas *in situ*, pero en realidad son tan espaciales como éstas. En efecto, las actividades del coleccionista, el museólogo y el arqueólogo en sus laboratorios, estantes y vitrinas, pretendidamente aislados del mundo, en sus escrituras que no parecieran tener otro lugar que la virtualidad de la pantalla del computador o la débil materialidad de un poster o de un libro, son tan espaciales como las prácticas *in situ*. Paradójicamente, la lógica *in situ* opera conforme a una concepción del espacio cartesiano y biofísico, mientras que la lógica *ex situ*, pretendidamente aespacial, parece enfatizar en una concepción del espacio como territorio, esto es, como dimensión política e identitaria del espacio.

Esta espacialidad de la lógica *ex situ* es fácil de identificar en el caso de las arqueologías de corte histórico-cultural que han favorecido la producción de imaginarios acerca de la soberanía territorial de los Estados nacionales. De laboratorios, museos y bibliotecas emergen espacialidades arqueológicas que sirven a los propósitos de edificar o mantener imaginarios de nación, sea apoyándose en territorialidades prehispánicas de carácter imperial, como sucede en México o Perú, o en mosaicos de culturas arqueológicas, como sucede en casi todos los países latinoamericanos que no poseen tal correlato precolombino y optan por fortalecer la idea de integración entre sus regiones.

Ahora bien, por lo menos en lo que atañe al contexto latinoamericano, las lógicas *ex situ* e *in situ* operan en una relación problemática, de tensión y reorganización de la jerarquía que sostienen entre sí. Ello se debe a que, cada vez con más frecuencia los

reclamos y aspiraciones de autonomía por parte de ciertas comunidades étnicas y grupos sociales, se tramitan en función del control territorial sobre los artefactos y sitios arqueológicos. El discurso institucional del patrimonio cultural de los países latinoamericanos viene siendo apropiado y re-significado por sectores subalternos que han visto en los sitios y objetos arqueológicos el poder y la eficacia que representa el que puedan hacer tangibles y visibles las articulaciones entre espacio y tiempo, entre territorio y memoria (Piazzini, 2008c). Como consecuencia, comunidades periféricas o rurales se resisten a la desterritorialización de los objetos arqueológicos, reclamando su permanencia en los emplazamientos originales, o cuando menos, en museos locales, con el ánimo de que sirvan como testimonios *in situ* de la ancestralidad de su presencia en un territorio.

Un líder indígena de las comunidades kogui que tienen su territorio en La Sierra Nevada, al norte de Colombia, ha dicho al ver objetos sagrados de sus ancestros exhibidos en un museo arqueológico localizado en Bogotá, a cientos de kilómetros de distancia, que estos estaban “secuestrados” “extraditados” y que requerían de ser descontaminados para volver a restituirse en sus espacios originales⁶.

A otra escala, estos reclamos de restitución vienen sucediendo en la esfera de los Estados latinoamericanos, como cuando el Perú ha exigido la devolución de las evidencias arqueológicas que reposan en la Universidad de Yale desde principios del siglo XX, cuando fueron transportadas por los arqueólogos para ser analizadas y exhibidas. O cuando en Colombia se presiona a las autoridades culturales y diplomáticas para que reclamen a España el llamado Tesoro Quimbaya que se exhibe en el Museo de América en Madrid, el cual fue obsequiado a finales del siglo XIX por el gobierno colombiano a la realeza española en un acto de agradecimiento por sus buenos oficios en un diferendo limítrofe con Venezuela.

Surgen pues a escala infranacional y nacional desajustes en la jerarquía institucional de toma de decisiones sobre qué es o no es patrimonio, a quién pertenece y en donde debe permanecer. Igualmente, en el protocolo clásico de investigación en arqueología: se produce una dislocación del lugar de enunciación de los arqueólogos, situados ahora en una posición coyuntural entre la soberanía territorial del Estado-nación y la emergencia de nuevas territorialidades que desafían ese esquema a partir de enunciados de autonomía. Está operándose una transformación en las espacialidades de la ciencia

Acompaña este proceso una dinámica de debate y re-definición de los conceptos espaciales que venían manejando las ciencias sociales, la geografía y la planeación del territorio (*cf.* Agnew, 2008; Piazzini, 2004). Por una parte, la noción de sitio, como localización específica en un plano cartesiano, se complica con la enunciación de un concepto de lugar que se refiere a un espacio socialmente producido en el que prevalecen las relaciones cara a cara, los sentidos de pertenencia y formas particulares de relacionarse frente al resto del mundo imaginado. De otra parte, el territorio, no se

⁶ Conversación del autor con Arregocés Conchacala en mayo de 2009.

refiere ya únicamente al espacio de soberanía del Estado, al control y dominio de recursos biofísicos en una porción de la geografía o al ámbito de referencia espacial de una identidad cultural específica. De su contexto de emergencia en el siglo XIX, el concepto de territorio guarda fundamentalmente la relación entre espacio y poder, pero dicha relación se da en formaciones socioespaciales que pueden ser diferentes o exceder las figuras tradicionales de un territorio estatal, etológico o étnico.

En medio de estas tensiones y resignificaciones, está operándose una transformación en las lógicas *in situ* y *ex situ* en arqueología. En primer lugar, *in situ* es resignificado como la co-presencia, no sólo del arqueólogo con sus objetos de estudio en un espacio cartesiano y geofísico, sino con el “otro” y sus espacios, es decir, con los actores locales y sus concepciones y experiencias históricas y actuales sobre los lugares, los territorios, las fronteras y los paisajes.

Conviene recordar aquí que el valor específico de las condiciones locales para el trabajo de campo en arqueología, había sido reducido a menudo a una cuestión “natural”. Frank Hole y Robert Heizer en su clásico manual *Introducción a la arqueología prehistórica*, señalaban:

Los arqueólogos frecuentemente han de trabajar en condiciones que los ponen a prueba. El clima puede ser extremadamente desagradable, como sucede en las tierras bajas tropicales de México o de la Amazonía, en los desiertos de África o en las grandes altitudes del altiplano de los Andes, lugares en los que el calor o el frío intensos, o la humedad excesiva, pueden ser causa real de verdaderas incomodidades y hasta de desgracia... Además de estos problemas, puede haber peligros físicos reales en el trabajo de campo. El polvo proveniente de escarbar en lugares resecos dentro de algunas cuevas ha producido algunas muertes entre los arqueólogos, como las han producido la caída de las rocas de los techos, al igual que de cuevas, así como el derrumbamiento de muros en trincheras profundas. Los riesgos de contraer enfermedades en regiones en donde las condiciones sanitarias son muy pobres y donde no se pueden conseguir servicios médicos, han dado por resultado algún final súbito para varias expediciones arqueológicas, lo mismo que la muerte de algunos de sus miembros. Estos ejemplos pueden considerarse, es verdad, como casos extremos; pero lo cierto es que los trabajos de campo en tierras extrañas raras veces son fáciles y, en cambio, casi siempre ofrecen más de un riesgo (Hole y Heizer, 1977: 20-21).

El reconocimiento de la co-presencia entre el arqueólogo y los actores sociales que en “el campo” desarrollan su vida, sería la contrapartida espacial de la construcción de una temporalidad en común entre el antropólogo y el Otro, tal como lo ha propuesto Fabian (1983) para eliminar la cronopolítica excluyente de la modernidad.

Además, se estaría produciendo el establecimiento de una relación no subordinada e incluso de inversión entre la lógica *in situ* —una vez re-significada—, y la lógica *ex situ*. Los protocolos de investigación se ven transformados, minimizando o eliminando el traslado de evidencias de campo al laboratorio e incluso trasladando el laboratorio al campo mismo. Así mismo, desde los museos se produce una reversión de la desterritorialización de los objetos arqueológicos, generando un éxodo de piezas

desde los no lugares de la colección tradicional hacia los lugares originales o cercanos a su procedencia, cuando logran ser restituidos.

Final

El ejemplo de la arqueología en el contexto de los reclamos por autonomía territorial por parte de comunidades étnicas y campesinas, pero aún por parte de los Estados nacionales en Latinoamérica, permite observar un caso de transformación radical de la relación espacial, epistémica y política de una forma de conocimiento científico. No cabe duda que en este caso se está produciendo una transformación profunda de las localizaciones, territorialidades, redes y geopolíticas del conocimiento arqueológico. Lo propio estaría sucediendo en campos de investigación tan cercanos como la antropología o la geografía, lo cual hace visible cómo las espacialidades afectan la forma en que se producen conocimientos.

Al considerar los alcances que tendría la aplicación de una geografía del conocimiento a diferentes escalas y saberes, los estudios socioespaciales prometen ser un campo fecundo de investigación, reflexión y cambio social, que no se limita a un llamado para que los científicos sociales atiendan en su justa medida la importancia del espacio en los procesos y fenómenos que estudian. Más allá de esa dimensión práctica del giro espacial, espero por lo menos haber señalado una vía por la cual podemos considerar que las formaciones espaciales son ellas mismas condición de posibilidad para producir conocimientos, y por lo tanto, que la apuesta por desarrollar los estudios socioespaciales tiene un frente importante de trabajo en la construcción de enfoques alternativos a las historias de las ciencias y los estudios sociales del conocimiento.

Agradecimientos

Este artículo se deriva de mi participación como estudiante del Doctorado de Historia de la Universidad de Los Andes, en donde la interlocución con el profesor Mauricio Nieto ha resultado sumamente provechosa a propósito de las geografías del conocimiento. Este tema desarrolla igualmente aspectos de interés para la línea de investigación sobre espacio, tiempo y sociedad del Grupo de Estudios del Territorio adscrito al Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia, del cual soy miembro activo. Finalmente, los seminarios teóricos y talleres de investigación que han estado a mi cargo como docente de la Maestría en Estudios Socioespaciales del INER también han sido espacios enriquecedores para el desarrollo de este artículo. Agradezco a estas entidades y al Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) las condiciones de variado tipo que han hecho posible la elaboración de este texto.

Bibliografía

- Agnew, John (2008) "Spatiality and territoriality in contemporary social science", en E. Piazzini y V. Montoya (eds.): *Geopolíticas: espacios de poder y poder de los espacios*. Medellín: Editorial La Carreta / Instituto de Estudios Regionales Universidad de Antioquia, 15-29.
- Agnew, John (2007) "Know-Where: Geographies of Knowledge of World Politics". *International Political Sociology*, 1, 138–148.
- Agnew, John (2006) "Geografías del conocimiento en la política mundial". *Tabula Rasa*, 4, 49-58.
- Agnew, John (1998) *Geopolitics. Re-visioning Worlds Politics*. Londres: Routledge.
- Basalla, George (1967) "The Spread of Western science: a three-stage model describes the introduction of modern science into any non-European nation". *Science*, 156 (3775), 611-622.
- Bloor, David (1991) *Knowledge and Social Imagery*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Castro-Gómez, Santiago (2005) *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana / Instituto Pensar.
- Certeau, Michel de (2000) *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana – Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Coronil, Fernando (1996) "Beyond Occidentalism: Towards Nonimperial Geohistorical Categories". *Cultural Anthropology*, 11 (1), 51-87.
- Deleuze Gilles y Felix Guattari (1993) *¿Qué es filosofía?* Barcelona: Anagrama.
- Döring, Thomas, y Schnellenbach, Jan (2006) "What do we know about geographical knowledge spillovers and regional growth? A survey of the literature". *Regional Studies*, 40 (3), 375-395.
- Fabian, Johannes (1983) *Time and the Other: How anthropology makes his object*. Nueva York: Columbia University Press.
- Geertz, Clifford (1994) *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Paidós: Barcelona.
- Grosfoguel, Ramón (2007) "Descolonizando los universalismos occidentales: El pluri-versalismo transmoderno decolonial desde Aimé Césaire hasta los Zapatistas", en S. Castro-Gómez y R. Grosfoguel (eds.): *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre, 63-77.
- Hägerstrand, Torsten (1967) *Innovation Diffusion as a Spatial Process*. Chicago: University of Chicago Press.
- Haraway, Donna (1991) *Simians, Cyborgs, and Women: the Reinvention of Nature*. Nueva York: Routledge.
- Harding, Sandra (1991) *Whose Science? Whose Knowledge?: Thinking from Women's Lives*. Ithaca: Cornell University Press.
- Hartog, François (2003) *El espejo de Heródoto. Ensayo sobre la representación del otro*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Hole, Frank y Robert F. Heizer (1977) *Introducción a la Arqueología Prehistórica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Kuhn, Thomas (1974) "Historia de la Ciencia", en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*. Madrid: Aguilar.
- Latour, Bruno (1993) *We have never been modern*. Cambridge: Harvard University Press.
- Latour, Bruno (2001) *La Esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Gedisa.
- Lévi-Strauss, Claude (1976) *Antropología Estructural*. Buenos Aires: Eudeba.
- Livingstone, David (2003) *Putting Science in its place: geographies of Scientific Knowledge*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Lucas, Gavin (2000) *Critical approach to fieldwork*. Londres: Routledge.
- Lucas, Gavin (2005). *The Archaeology of Time*. Nueva York: Routledge.
- Maldonado, Nelson (2004) "The topology of being and the geopolitics of knowledge. Modernity, empire, coloniality". *City*, 8 (1), 29-58.
- Mignolo, Walter (2002) "The geopolitics of knowledge and the colonial difference". *South Atlantic Quarterly*, 101 (1), 56-96.
- Moser, Stephanie (2007) "On Disciplinary Culture: Archaeology as Fieldwork and Its Gendered Associations". *Journal of Archaeological Method and Theory*, 14, 235-263.
- Piazzini, Emilio (2009) "Geografías del conocimiento: a propósito de la arqueología", en C. Aramburo y C. García (comps.): *Universos socioespaciales. Procedencias y destinos*. Siglo del Hombre Editores, INER-Universidad de Antioquia, Bogotá, 87-109.
- Piazzini, Emilio (2008a) "Arqueología entre historia y prehistoria", en O. Almarino y M. A. Ruiz (eds.) *El Giro Hermenéutico de las Ciencias Sociales y Humanas*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 91-131.
- Piazzini, Emilio (2008b) "Prehistoria: formación y consecuencias de un concepto negativo". *Journal of South American Archaeology*, 3, 15-27.
- Piazzini, Emilio (2008c) "Cronotopos, memorias y lugares: una mirada desde los patrimonios", en E. Piazzini y V. Montoya (eds.): *Geopolíticas: espacios de poder y poder de los espacios*. Editorial La Carreta-Instituto de Estudios Regionales, Medellín, 171-183.
- Piazzini, Emilio (2006a) "Arqueología, Espacio y Tiempo: una mirada desde Latinoamérica". *Arqueología Suramericana*, 2 (1), 3-25.
- Piazzini, Emilio (2006b) *La arqueología entre la historia y la prehistoria: estudio de una frontera conceptual*. Monografía de Grado para optar al título de Magíster en Historia. Medellín: Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia.
- Piazzini, Emilio (2004) "Los estudios socioespaciales: hacia una agenda de investigación transdisciplinaria". *RegionEs*, 2, 151-172.
- Pletsch, Carl (1981) "The Three Worlds, or the Divisions of Social Scientific Labor, circa 1950- 1975". *Comparative Studies in Society and History*, 23 (4), 565-590.
- Said, Edward (1978) *Orientalism*. Nueva York: Vintage Book.

- Shapin, Steven (1998) "Placing the View from Nowhere: historical and sociological problems in the locations of science". *Transactions of the Institute of British Geographers*, 23, 1-8.
- Soja, Edward (1989) *Postmodern Geographies. The reassertion of space in critical social theory*. Londres: Verso.
- Thrift, Nigel (1985) "Flies and germs: a geography of knowledge", en D. Gregory y J. Urry (eds.): *Social Relations and Spatial Structures*. Londres: Macmillan, 330-373.
- Tomášková, Silvia (2007) "Mapping a Future: Archaeology, Feminism, and Scientific Practice". *Journal of Archaeological Method and Theory*, 14, 264-284.
- Wallerstein, Immanuel (1998) "The time of space and the space of time: the future of social science". *Political Geography*, 17 (1), 71-82.